

Cuentos de Navidad para los mamás y las papás



Miguel Alda & Anaïs Abbot

Cuentos de Navidad para los mamás y las papás

Miguel Alda y Anaïs Abbot

2007

.

A tod@s los mamás y las papás, porque el espíritu de la Navidad lleva su nombre.

Miguel Alda

Índice general

CORRESPONDENCIA NAVIDEÑA

Mis queridos niños:

En respuesta a vuestras misivas, estamos muy alegres y felices de que, al menos, vosotros seáis sensatos y no os olvidéis de que muchos de los que habitan este planeta no tienen la fortuna de disfrutar de su infancia como lo hacéis vosotros. Nos regocija que queráis para ellos, un techo, un abrigo o una sombra donde cobijarse.

También nos ha gustado que os acordéis de vuestra casa, de vuestro generoso planeta que

os ha de perdurar, y que queráis para él respeto, cuidados y arreglos, porque me habéis dicho que está muy enfermito, que no para de toser con tantos humos de coches y fábricas, y que debe de tener fiebre, porque casi siempre está ardiendo aparte de derretirse lentamente. Por eso, nos alegra tanto que este año hayáis escogido, no por capricho o porque os lo han repetido en la tele mil veces, con vuestra sabia inteligencia, lo que de verdad os gusta, lo que de verdad queréis, en lugar de esos cachivaches que al día siguiente entran en el armario y, por aburrimiento no salen de ahí, hasta el año siguiente, que es cuando viajan a la basura.

Así que, no nos extraña que nos hayáis pedido sabiduría; sabiduría para los mayores.

Para que su torpeza, su desidia o su indiferencia, no sirva para dejar a un niño sin techo,

sin abrigo, sin sombra.

Para que respeten, cuiden y arreglen, sin descanso, hasta que consigan curarolo, el planeta; y así su ignorancia no sea la causa de que no podamos disfrutarlo, todos, por largo tiempo.

Y sabiduría, también, para que, cuando los mayores escojan sus regalos, los elijan con el corazón y no con la cartera, que como muy bien aseguráis, el mejor regalo es el tiempo, el tiempo de vida y la felicidad.

Y memoria, memoria también para que no se olviden de vuestras cartas cuando tiren los juguetes del año anterior, cuando les sobre comida de la cena de Navidad, y se tengan que tomar medicinas para paliar sus excesos de *Fin de año*. Que hay niños en muchos rincones del mundo que solo nos piden eso: comida y

medicinas.

Nos despedimos hasta el año que viene. Que paséis sobretodo, todos, felices Navidades.

Os quieren: Melchor, Gaspar y Baltasar.

EL CUENTO DE LOS REYES MAGOS PARA LOS MAMÁS Y LAS PAPÁS

—¡Papá! Sabía que eras tú. Yo no quiero pantalones por Reyes.

El niño movió la cabeza y se sentó, disgustado, sobre el sofá familiar que aún guardaba el calor del día.

—Te hacen falta unos pantalones —repuso el padre tras un breve silencio.

El niño no paraba de mover la cabeza pensando que merecía algo más que unos pantalones y sin decir nada, produjo un extraño garganteo, que hizo pensar al padre que la respuesta no le había satisfecho y que pretendía de él otra más elaborada, más convincente.

—Papá —por fin, el niño se decidió a formular una queja más intensa.—¡Es que si fueran los Reyes, por lo menos tendría un pase! ¡Pero

tratándose de vosotros!

—Anda ven, sé que un pantalón no es un regalo muy seductor. Te contaré una historia...

—¡Otro cuento, no!

—No, no, una historia, esta vez es historia.

Y el padre comenzó a narrarle:

—Hace mucho tiempo, el padre del abuelo de tu abuelo, cuando empezaba a dejar de ser niño, en una noche como esta, igual de fría y lluviosa, dice que los vio.

—¿Quién vio a quien? —dijo saliendo de la oscuridad de la habitación y acercándose más a la luz de la lámpara de lectura; lugar en el que estaba situado el padre.

—Pues él le dijo a su padre, el abuelo del abuelo de tu abuelo, que los había visto. A los tres Reyes Magos, con camellos y todo. Él decía que, por lo menos, aquella vez, no llevaban pajes. Yo creo que nunca los han llevado.

—¡Venga ya! ¡Papá, estás de broma! ¿No?

El padre antes de continuar su historia, hizo una pausa y con verdadera parsimonia encendió el fuego.

—¿Hace frío, no? —comentó al ver fulgurar la primera llama.

—¡Veenga! ¡Continúa!

Con la atención de su hijo ganada, se recostó en el sofá y con la cara muy cerca de la

de su hijo prosiguió:

—Las cosas eran de otra manera en esos tiempos. Este pequeño pueblo había sido invadido por las tropas napoleónicas...

—¡Napoleón!

—Sí, Napoleón. Y tras la invasión, la situación para sus habitantes fue muy difícil. Las tropas se aglutinaron preparándose para el asedio de la isla de León y las fortificaciones de Cádiz. Mientras tanto, nuevas ideas se estaban fraguando en Cádiz, ideas de sobre cómo debía ser el mundo, un mundo diferente, impensable para la gente de aquella época, acostumbrados, de siempre a aceptar y obedecer lo que el rey dijera. Un mundo donde iban a tener libertad para opinar y decidir sobre su propio destino. Pero era aquí, en este pueblo,

donde se encontraba entonces la amenaza más inminente a todo aquello. Tu antepasado era de esas personas que no se resignaba a aceptar la fatalidad, prefería perseguir sus ideales, su deseo de conseguir una vida mejor para él y para su hijo. Tu antepasado era muy hábil en la mar, también era muy observador. Escondía una pequeña patera en los pinares de la Algaida, y se hacía a la mar desde el río San Pedro, que como sabes, no es un río, sino un brazo de mar.

—Sí, lo he leído en las aventuras de Andrés y Andrea, pero sigue.

—Bueno, los navíos de guerra de Napoleón mantenían el sitio de la ciudad de Cádiz, y vigilaban que ningún barco con suministros se acercara a puerto. Si veían alguno, lo cañoneaban. Y desde las fortificaciones de Cádiz inten-

taban defenderlos, disparando también, para intentar impedir que los navíos de guerra tuvieran a tiro a las embarcaciones con suministros. Unas veces lo conseguían y otras no, pero la presencia de cada vez más embarcaciones francesas hacían que defender la llegada de provisiones fuera cada vez más difícil.

—¿Y qué tenía que ver nuestro antepasado en todo esto? ¡Ayudó a los Reyes Magos a llegar a Cádiz!

—Pues que, él era muy observador, y una pequeña embarcación no era tan fácil de divisar en la noche como un navío. Conocía mareas y vientos y aquella bahía como la palma de su mano, aunque me parece recordar que perdió una mano en un accidente con un mosquetón, pero eso no importa.

—A él seguro que sí.

—Llevaba a su a su hijo que, como te dije, se estaba haciendo mayor y le ayudaba con la carga. Sigiloso seguía los movimientos de la marina de Napoleón y, como buen marino, escogía caminos donde su pequeña patera le alejara de la navegación de los grandes buques. Sus precauciones no eran suficientes porque, irremediablemente, tenía que atravesar zonas de gran calado en las cuales un encontronazo con alguna salva de cañones no era raro. Cuando, por fin, se encontraba bajo la protección de los barcos ingleses y los cañones de las murallas de Cádiz, arribaba a puerto y cambiaba su mercancía por otras que les eran necesarias aquí. Pero no sólo hacía eso, como ya te dije era muy observador...

—Sí, ya me lo has dicho, papá, ¡no seas pe-

sado!

—Así que, después, se encaminaba con su hijo hacia una librería cercana al oratorio de San Felipe Neri e informaba de todos los movimientos que había visto de tropas enemigas en el Trocadero.

—¿Eran espías?

—Sí, él trataba de defender lo que allí se construía.

—¿Un arma secreta?

—En cierta medida, sí. Un libro.

—¿Un libro?

—El hijo le preguntó lo mismo al padre. Veía

el devenir de gentes en el oratorio y escuchaba discusiones, estaba intrigado. Fue el librero quien le contestó: “Ahí se está fraguando el futuro, jovencito, tu futuro y el futuro de todos. Dentro de muy poco las palabras que se han escrito se dirán ahí, en el oratorio, la promulgarán para que todos las oigan”.

Después de esto, con cuidado, bien envuelto, el librero entregó un paquete al padre, se dirigió a él: “Con tu valor, te has ganado este honor. Llévala al territorio ocupado, que la lean, que la copien, que la impriman, que la conozcan”.

—El paquete era el libro, ¿verdad?

—Sí, eso era. El viaje de vuelta no fue tan bien y, por mucho que le dieron a los remos, fueron descubiertos. Una salva de una corbeta

partió la débil patera en dos. Padre e hijo cayeron en las oscuras aguas de la noche. En medio del oleaje, el hijo encontró al padre, inconsciente. Hizo con sus pantalones jirones y ató al padre a un barril de aceite que flotaba de la carga. Él se agarró al barril como pudo, y se quedó en la solitaria y fría agua largas horas. Milagrosamente llegaron al calor de su casa.

—¿Y ya está? ¿Y el libro? ¿Y los reyes? ¡Qué fue de mis antepasados! ¿Cómo se salvaron?

—Pues eso mismo le preguntó la madre al chico cuando llegaron calados hasta los huesos mientras encendía la lumbre para que se secaran. El padre no recordaba nada, ya que recuperó el sentido en tierra firme. Al calor del fuego, el chico les narró lo que había pa-

sado: *Cuando perdí la cuenta del tiempo que llevábamos en aquel barril, los vi. Eran Los Tres Reyes Magos en sus camellos; los camellos cabalgaban sobre las aguas. Todos, reyes y camellos, brillaban como si se hubieran impregnado de rayos de sol. Eran cálidos en la noche, dejé de tener frío.*

—No existís —les dijo el chaval—. Mi padre y yo hemos muerto ¿verdad?

Fue Baltasar el que le contestó.

—No, no es así. —Estáis vivos y nosotros estamos aquí. Lo que ocurre es que sólo existimos cuando pensáis que eso es cierto. Cuando dejáis de hacerlo, dejamos de visitaros.

Baltasar hizo una pausa y le miró como intentando reconocer mi cara, o la cara que tenía

unos años atrás.

—Ya no visitamos tu casa, ¿verdad? —añadió.

El chaval negó con la cabeza.

—Bien, te has portado como un verdadero héroe. Os ayudaremos a regresar a casa y, esta vez, haremos una excepción. Te daremos un regalo. ¿Qué quieres?—me dijo el rey Melchor.

No se le ocurría nada, pidió primero una cosa y luego, cambió de idea.

Después de escucharle, Gaspar le dijo:

—¿Estás seguro?

—Sí —contestó el chaval.

—Está bien, así sea.

—¿Qué era? ¿Qué era? ¿Qué les pidió a los Reyes Magos mi antepasado?

—Tranquiloo, te sigo contando...

El padre escuchaba sorprendido y aturdido el relato de su hijo. Fue entonces cuando cayó en la cuenta. El paquete estaba allí, sobre la mesa, completamente seco.

—Es mi regalo de Reyes — dijo el hijo.

El padre lo abrió nervioso. Estaba intacto.

—Sí que es un regalo, es la libertad, hijo. Hoy has luchado por ella. Es tu regalo más preciado. Lucha siempre para que no te la quiten.

Del envoltorio sacó un pesado volumen. Era la Constitución de Cádiz de 1812. También, del envoltorio cayeron unos pantalones nuevos.

—¿Y esto? —Le dijo el padre.

Y el hijo, ruborizándose, le contestó:

—Fue lo primero que le pedí.

—Y así acabó la historia —concluyó el padre, contento, al observar que, durante el transcurso de la narración, su ánimo había cambiado.

—¡Vaya! ¡Sí que consigues que un pantalón parezca importante! Me alegro, porque yo también tengo un regalo de Reyes para ti.

—¿A ver? ¿Qué será? ¿Será...? ¡Un pantalón! Gracias, hijo.

—No pongas esa cara. ¿De que te extrañas? Está claro, papá, que es una tradición familiar.

¿FELIZ 2012?

Era real, muy real. El chico se quitó las gafas y se secó el sudor, miró a su compañera y, al verla con la mirada perdida en el monitor, comprendió que había llegado a los mismos resultados que él. A pesar de estar mal pagados, a pesar de no estar valorados, estos becarios se habían llevado toda la noche haciendo los cálculos por nosotros, por nuestro bien. Y el resultado era tan cierto como que esa misma mañana habían recortado los fondos de su programa de investigación en la universidad.

Aquí no había duda, ni el calendario Maya, ni Nostradamus, ni el libro del Apocalipsis, ni las Tribulaciones... Fuera de toda superstición, la bola incandescente se acercaba muy rápido a su punto de impacto, aún sin precisar con exactitud, en la zona Mediterránea, según la opinión de estos cosmólogos.

En los medios, la noticia tuvo un escaso eco y fue, en general, tratada con frivolidad; después pasaron a asuntos de verdadero interés como el color del zapato de la cuñada de algún famoso o el resfriado de un idolatrado y caro fichaje.

Lo cierto es que hacía tiempo que nos lo veníamos buscando. Las hambrunas galopaban por los rincones del planeta, las diferencias entre ricos y pobres se disparaban con las crisis, la mujer continuaba siendo considerada de segunda categoría en casi todo el mundo y las epidemias se propagaban por doquier animadas por la imposibilidad de conservar una higiene digna.

Y ahí seguíamos, reverenciando a un trocito de papel con un numerito impreso colocado a su antojo por aquellos mismos que nos im-

ponían carencias y escasez. Ya nos lo decían muchos, desde el Dalai hasta John Lennon, desde la madre Teresa de Calcuta hasta el 15M con su R-evolución... Nos decían que era imperioso cambiar el modelo por otro mejor, más justo, menos desigual, donde lo mejor de ti fuera para todos, donde lo mejor de todos fuera para ti. Nuevos valores para viejas y nuevas necesidades.

Aun así, se mofaron de todos ellos usando argumentos pueriles, al igual que ahora lo hacían de nuestros cosmólogos. Pero la burla no evitó que la bola incandescente entrara en el planeta surcando uno de sus polos, desatando todas las alertas de un deshielo inminente. Pero finalmente, esto no sucedió, porque la bola continuó su viaje.

Y sobrevoló Japón y, otra vez, se dispara-

ron las alertas de terremotos y tsunamis, pero también fueron infundadas, porque la bola continuó su viaje.

Y se acercó a China. Y allí temieron por las consencuencias de la alta concentración de partículas en el ambiente, pero...

Nada de esto sucedió finalmente. Y la bola continuó su viaje.

Y llegó al Mediterráneo, deslumbrándolo a su paso. Y una vez allí...

Se paró. Sí, mágicamente se paró.

Los cosmólogos respiraron aliviados y el mundo con ellos.

Y allí estaba la bola, inmóvil, fulgurante,

plantada en el cielo del Mediterráneo sobre la ciudad de Belén, inaugurando el nacimiento de un nuevo tiempo de amor: la Navidad.

Y por fin, se vivió una verdadera Navidad, la primera de toda la historia después del final de la Edad de Oro. Una navidad llena de paz, amor, felicidad y prosperidad para las personas de buena voluntad.

Y para las que no..., ya saben, carbón.

LA GRAN CAMPANADA

—De una cosa estoy seguro, y es de que ahora estamos mejor. Siempre va a haber alguien que esté descontento, que añore, que sienta nostalgia. No sé muy bien por qué, serían de aquellos que se rodeaban de un ejército de esclavos para realizar sus propias tareas... Sin embargo, ya ve usted, mejor no nos podría ir. Mire, ahí está la mesa, todos los platos preparados con sus doce uvas, y cada cual con aquello que realmente le apetece cenar en una fecha tan memorable como esta. Curiosamente, ha variado poco, y es que comemos por tradición y costumbre. Aunque no lo crea, no me gusta el pavo, nunca me ha gustado. Y ahí está: mi plato de pavo relleno al horno, cocinado por mí mismo, con su tiempo. Porque uno de los grandes logros fue el hecho de que las prisas y el estrés se acabaron.

—¿En qué más cree usted que afectó a la

Navidad?

—En todo, en todo, no en las formas, pero sí en la esencia de las cosas.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Como ve, seguimos con los árboles, el turrón y el cava; y me divierto con mis nietos construyendo el belén, ¿no? Pero a fin de cuentas, celebramos el nacimiento del Sol, ya sabe que a partir de estas fechas las horas de sol comienzan a aumentar; esa idea de resurgir se aproxima bastante a lo que sucedió. También, por tradición, celebramos en estas fechas el nacimiento de la figura de Jesús y, en cierto modo, él fue el primero que nos indicó que esta era la única solución posible, lo de desprendernos de las riquezas para compartirlas con todos y eso. No comprendo cómo nos lleva-

mos tantos años discutiendo, que si esto que si aquello, y no nos fijamos en esa idea. Si todos hacíamos lo mismo, nadie sería pobre sino, al contrario, todos seríamos ricos, habría riqueza suficiente para todos.

—¿Es que se pensaba que no habría suficiente para todos? ¿Cómo es posible eso?

—Usted es joven, no lo ha conocido, pero lo que usted siente ahora como algo natural, obtuvo mucho recelo en principio, desconfianza, miedo diría yo. ¡Já, Já! La expresión que más escuchaba era ¡Imposible!

—Pero fue posible.

—Por supuesto, si en aquellos tiempos era posible que nos lleváramos toda la vida pensando en sobrevivir, toda la vida imbuidos

en el trabajo, dedicando nuestro tiempo de vida en pensar nada más que en cómo llegar a final de mes y todo esto nos parecía lo más normal del mundo. ¿Cómo no iba a ser posible lo contrario? Que nos lleváramos toda la vida disfrutando, que aprovecháramos el tiempo en aquello que nos interesaba y ofreciéramos a los demás lo mejor de nuestras habilidades. ¡Eso tenía aspecto de ser mucho más normal que lo otro! A pesar de que poníamos la mejor voluntad posible, si estuviéramos en esos tiempos, ahora estaríamos ya sufriendo por la cuesta de enero, de febrero y de marzo. Porque con el rollo aquel de las rebajas la cosa se alargaba.

—No lo entiendo muy bien, si algo tenía un valor, ¿cómo después, sólo porque cambiaba la fecha, tenía menos valor?

—Porque le otorgábamos el precio a las co-

sas en virtud del valor que pudiera tener en cierto momento y no de su verdadero valor. Pero el verdadero valor de las cosas siempre es el mismo. Exactamente, el valor de cualquier cosa, sea un objeto, un servicio, una idea, lo que sea, se traduce en tiempo de vida de una persona.

—Por lo tanto llegasteis a la conclusión de que todas las personas tendrían derecho a todos los valores creados en correspondencia a su vida.

—Esos fueron los fundamentos de la declaración de derechos naturales de la vida humana basada en los nuevos valores. Era simple, todo el mundo tendría derecho a cualquier valor desde el momento de su nacimiento, siempre y cuando aportara al resto aquellos valores que produjera en su vida. No te puedes ima-

ginar lo que fuimos capaces de hacer seis mil quinientos millones de humanos puestos a la faena. Sí, fueron unas navidades moviditas.

—Tendríais muchos problemas al principio.

—Sobre todo en los países desarrollados donde la cultura de consumo estaba bien arraigada. En estas fiestas por ejemplo, se le pedían a Santa Claus y a los Tres Reyes Magos de Oriente un sinfín de cosas inútiles y absurdas que por el simple hecho de ser caras se pensaba que iban a gustar o a ser necesarias. Perdone, creo que llaman a la puerta. . .

—Hola hija, ¿cómo estás? Un beso. Hola, Manuel. ¿Y mi nieta más bonita? ¿Dónde está?

—¡Hola aaabuelooo!

—¿No cree usted que este abrazo vale por toda una vida? Ven, ven conmigo, bonita, saluda a la señorita periodista.

—Hola.

—Un poco más fuerte que no se entera.

—¡HOLAA!

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Laura.

—Y dime, Laura ¿qué le has pedido a los reyes?

—Un planeta con mi nombre.

—¡Guau! Eso sí que es un regalo.

—(Está inscrita a un programa de astrónomos voluntarios, y ella ya ha descubierto varios nuevos planetas, quiere que a uno le pongan su nombre, y creo que los Reyes Magos se lo han conseguido).

—¿Proseguimos con la entrevista?

—¡Claro!

—Abuelo, ¿me puedo sentar sobre tus rodillas?

—¡Ven aquí!

—Me estaba hablando de los problemas que surgieron en los primeros tiempos.

—Pues sí, los hubo. Había veces en que

creíamos que no lo íbamos a conseguir. Con todo el mundo en activo en principio tuvimos problemas de sobreproducción y por tanto de sobreexplotación, y el planeta no se encontraba muy bien de salud en esos momentos. Así que la jornada laboral se fue reduciendo en algunas ocupaciones porque eran muchas personas las que la realizaban. Uno trabajaba dos horas y llegaba otro que continuaba el trabajo dos horas más y así. Tanto tiempo libre dejó a las personas un poco de espacio para dos cosas: una, ocuparse de cosas importantes como por ejemplo relacionarse más con amigos y familiares; dos, preguntarse en qué querían ocupar realmente el tiempo de su vida.

—¿Y cómo reaccionaron las personas en principio? ¿Hubo cierta tendencia no participativa?

—¿Quiere decir que si había gente que no arrimaba el hombro? Pues sí, pero el aburrimiento es el peor enemigo del hombre y finalmente siempre encontraban alguna ocupación a su gusto. Tú estás aquí por que se te ve que te apasiona el periodismo, ¿verdad? Y nadie te ha obligado, ¿verdad? La gente empezó a estudiar esto y aquello, lo que les interesaba. Asistimos a una explosión tecnológica como nunca antes habíamos visto, había ideas por doquier y ningún interés económico que las frenaran.

—Nadie se querría ocupar de los trabajos más pesados o peligrosos.

—Ninguna ocupación tenía más valor que otra, todas eran necesarias e imprescindibles, pero en algunas se necesitaba estar más cualificado que en otras, pero como le dije, tantos

cocos con tiempo para pensar generaban avances exponenciales y este tipo de ocupaciones fueron sustituidas por máquinas con facilidad. Llaman otra vez, ¡hija! ¿Puedes abrir?

—Tuvo que haber mucha resistencia por parte de aquellos más pudientes.

—¡Bah! No creas que eran muy numerosos, la riqueza estaba muy mal repartida y una vez eliminada su base de poder, no les quedó otro remedio. A nadie se le quitó nada, pero se tuvieron que adaptar. Salvo que alguien quisiera voluntariamente, no era ocupacional limpiarle la casa a otra persona, a no ser que fuera una persona impedida. Casi todo el mundo entró en razón, nos volvimos muy autosuficientes.

—¡Hola, abuelo! Un besazo.

—¡Hola, Diego! ¡Muá, Muá! Diego es mi nieto mayor. Te presento a la señorita Noelia, de Canal-net.

—Mucho gusto. ¡Eres famoso, abuelo!

—Hace tiempo que no veía a mi nieto, ¿sabe? Él es el impulsor del equipo que desarrolló las neveras autónomas de energía fotovoltaica.

—Sí, y en el desierto lo que les sobra es sol.

—Lleva dos años implicado personalmente en su distribución por el desierto. Allí conoció a su compañera. Te presento a Nayanha.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—¡No paran de llamar!

—Yo voy, abuelo.

—Lo importante de lo que estamos haciendo, aparte de que podrán recibir el año con té helado, es que se consigue que los medicamentos se conserven.

—Esa es otra de las cosas importantes que se consiguieron, la esperanza de vida ha aumentado abrumadoramente. Es, por supuesto, el que antes se llamaba tercer mundo, el que notó con mayor incidencia una mejora muy sustancial de la calidad de vida. Sin los intereses del primer mundo presentes, su capacidad de adaptación al nuevo sistema fue sorprendente. Es por eso que me encanta que la fecha coincida con la Navidad, nada más cercano a su espíritu que la igualdad de oportunidades de todas las personas.

—Me hablaba de las reticencias.

—A mi hermano lo tildaron con todos los "ista" que existían y a sus ideas con todos los "ismos".

—¡Hola!, ¿cómo estás? Es mi hermano Carlos, el menor, y aquellos que andan por allí, mis sobrinos.

—¡Hola! Noelia, de Canal-net. ¿Participó usted también en la formación del grupo de transición?

—No, no. A mí desde el exterior me tocó aguantar los chaparrones. Los medios de comunicación eran realmente difamatorios con la figura de mi hermano. No podía soportar esa injusticia, pero él era inmune a cualquier ataque.

Un hombre tenaz y perseverante hasta el final.

—Piense, señorita Noelia, que entonces los medios tenían dueño, por lo tanto, controlaban la información de manera descarada o sutilmente a través de la manera de contarlas y de otorgarles relevancia.

—Menos Internet. Internet nos salvó, ¿no fue así, hermano? Me disculpa, voy a abrir, es mi mujer que estaba felicitando a los vecinos.

—Lo que le ha dicho mi hermano es cierto, el muro informático levantado por China lo único que consiguió fue agudizar nuestro ingenio.

—¿Cuál cree usted que fue el verdadero motivo que impulsó el desarrollo de los acontecimientos? ¿Las revueltas de Internet?

—Cientos de millones de personas acudían a los llamamientos de abolición. Eso fue muy importante pero creo que las principales causas fueron la evidencia y la verdad. La verdad, ese sí que fue un regalo de Navidad.

—¿La verdad?

—Cuando las personas supieron y comprendieron que, ya fueran estados, empresas o particulares, cada vez que se endeudaban generaban nuevo dinero. Que el dinero se creaba literalmente de la nada. No entendimos quién le había otorgado el poder a los bancos de decidir el nivel de riqueza que debíamos poseer. Ni cómo se permitían mantener tanta pobreza. Un dedo acusador empezó a señalar por encima de los estados al sistema monetario internacional, basado en valores, ojo, no en

bienes (lo de su correspondencia en oro hacía tiempo que había pasado a la historia) como causa principal de todos los males y desgracias.

—¿Y la evidencia?

—Era evidente que para mantener un sistema así, el crecimiento, que no el bienestar, sólo se podía mantener creciendo sobre lo crecido infinitamente y es obvio que los recursos no son infinitos, aquellos que empezaron mucho antes que nosotros con lo del desarrollo sostenible tenían una razón incuestionable. La señal de alerta se disparó con la primera crisis, incluso los estados se dieron cuenta. Entonces aparecimos nosotros: frente al caos, abolición.

—Bueno, observo que esto se está poniendo muy concurrido; y muy festivo, le parece para

terminar que me resalte los cambios que usted considera más importantes.

—Fueron tantos que. . . Está bien, veo muy significativa la disminución de la delincuencia y la violencia, quedó patente cuál era su principal germen. Desaparecieron las guerras en su totalidad. La irrupción de las nuevas energías y sobre todo el hecho de que estas fueran autónomas, borraron el principal escollo para erradicar las desigualdades y salvaron nuestro planeta. La capacidad de poder obtener lo que se quisiera, a pesar del desbarajuste inicial, consiguió que cada cual se diera cuenta de qué era lo que realmente necesitaba, las épocas del consumismo feroz, acabaron. La pobreza se extinguió sola.

—Como ven, este hombre, junto a un selecto grupo de visionarios, consiguieron cambiar el

curso de la historia y de la humanidad.

—Si me lo permite, me gustaría añadir, que eso fue precisamente lo más importante: la humanidad. Las personas se sintieron como seres humanos, y su objetivo pasó de buscar la felicidad a disfrutar de ella.

—Dentro de breves minutos se cumplirán cincuenta años del momento oficial de la abolición del dinero. Cuando suenen las doce campanadas, llevaremos cincuenta años ya, desde que el dinero dejó de existir, una fecha que todos celebramos, estoy segura, con especial alegría.

—¡Perfecto! ¡Corten!

—Mira, se ha quedado dormida. ¡Niña, despierta! Que han llegado todos los primitos, que van a sonar las campanadas. Oye, os que-

daréis a tomar las uvas, ¿no?

—¡Claro! Estaremos encantados.

—¡Claro!, perdona, Noelia, antes de recoger la cámara tendremos que titularlo.

—¡Umm. . .! Yo le pondría... La Gran Campanada.

UN CUENTO DE NAVIDAD EN PUERTO REAL

Conducía de vuelta a casa de realizar mis compras de Navidad agobiado; agobiado y harto; harto de lluvia, de coche, de tráfico, de aparcamientos, de gentes, de colas, de empujones y atropellos, de arbolitos desde octubre, de adornitos navideños de diseño, de villancicos sin parar, de no encontrar lo que buscaba, de acabar comprando lo que no quería. Una vez vi una publicidad que me decía “Felices Compras”, que ironía; aunque, en verdad, todo se reduce a eso y dudo que seamos más felices por ello. Echo de menos, no sé, unas Navidades más simples.

Entonces fue cuando lo vi aparcando el coche. En la puerta de mi casa estaba ese niño. Lo reconocí enseguida, él a mí no, por supuesto. Lo invité a pasar a mi casa; desconcertado y confuso, silenciosamente aceptó; noté que confiaba en mí.

—Este niño pasará la Navidad con nosotros. —dije a mi familia.

Mi mujer me miró extrañada.

—Ya te explicaré.

Pero no hizo falta; con su natural ternura, lo sintió como de la familia al poco, y mis dos hijos con su espontaneidad de niños, lo aceptaron fácilmente como compañero de juegos, un hermano más.

Aquel niño me tenía embelesado. Todo le gustaba. Me dijo que nuestro árbol era el más bonito del mundo porque las luces cambiaban de color y cantaban una melodía navideña (y yo que odiaba ese tintineo insoportable); le costaba escoger entre tantos canales de di-

bujos animados, sin embargo aquel día me despertó con los niños de San Idelfonso, y no quiso que cambiáramos de canal.

No se podía creer que tuviéramos un cuarto sólo para juguetes, ni que en el frigorífico siempre hubiera yogur, ni que la alacena estuviera llena de dulces navideños. Mis hijos, entusiasmados, les enseñaban las maravillas que hacían sus olvidados juguetes de Reyes pasados, ante la incredulidad y algarabía de su nuevo amigo al contemplarlo. Lo de dirigir los dibujos en múltiples peripecias en los videojuegos le impactó, y me sorprendió la pericia con la que los manejaba. (Debe de ser un don, esto de los niños con esas máquinas). Aunque alguna vez lo sorprendí leyendo mis tebeos viejos de “Tintín”.

Hasta cuando fuimos al centro, mi humilde

utilitario le pareció un coche fantástico, sobre todo que el navegador le hablara. De paseo por la calle de La Plaza, me preguntó dónde le estábamos. Le dije:

—Seguimos aquí, en Puerto Real.

—¿De verdad? —respondió; se quedó cavilando y se inundó de alegría.

En la cena de Nochebuena, me quedé mirándolos a todos, en silencio: mi mujer, mis dos niños y aquel chico en su desenfadada tertulia tras cenar, y tuve que guardar ese recuerdo para poder saber, después, que fui feliz.

La mañana del día de Reyes, él ya no estaba, y tras la marea de regalos, mis niños se preguntaron por él. Yo les dije:

—No está, debe volver a su casa con sus padres, allí le esperan sus regalos de Reyes.

En la calma de la noche de ese intenso y emocionante día, mi mujer me preguntó:

—¿Y ese niño? ¿Quién era? Eras... tú, ¿no?

Sonreí con nostalgia y le conté:

—Ya casi ni lo recordaba, era como un neblinoso recuerdo, pero hará unos treinta años, le pedí a los Reyes Magos ver unas Navidades futuras... Se ve que me lo concedieron; ¿sabes? Estoy pensando que estas mismas Navidades que tanto denostamos, estas mismas, serán aquellas que nuestros hijos añorarán con dulzura.

PESADILLA ANTES DE NAVIDAD

Al despertar, me sentí sobrecogido por un silencio pesado, gravitante, eléctrico. Afuera, la nieve había dejado de caer. Qué raro, me dije, aquí siempre nieva. Los gruesos cristales de las ventanas, desnudos, me ofrecían una noche apacible, iluminada por la luz de las estrellas.

Aún embargado por esta extraña atmósfera, cogí mis zapatillas y bajé a tomarme una cálida taza de leche. De camino a la cocina, los pasillos, pintados de divertidos colores, iban acercándome poco a poco a la vigilia. Por las puertas de las habitaciones, abiertas y de formas caprichosas, podía ver cómo todos aún estaban durmiendo y me reía para mis adentros al escuchar los diferentes soniquetes que proferían los soñadores.

Después de esto, atravesé el taller y, de un

vistazo, pude comprobar que ya casi todas las tareas estaban prácticamente ultimadas. Ya en el gran salón, las estrellas que iluminaban las paredes parecían tan vivas como las que caían sobre la gran cúpula de cristal.

Por fin, mis zapatillas con forma de reno tocaron el frío suelo de la cocina, y, al poco, una taza de leche casi hirviendo esperaba humeante en mi mano. Con cuidado de no llenarme la barba, iba bebiendo de ella a pequeños sorbos, y, entretanto, sentado sobre las maderas de las largas mesas del gran comedor, me preguntaba qué estaría ocurriendo ahí fuera.

Seguramente, me dije con voz interior, la humanidad está esperándonos unida en una armonía grande y bella, guiada por un sensato equilibrio, lista para expandir con gran generosidad todo su amor para que así este

pueda perdurar todo el año.

Seguido a este pensamiento, una idea loca pasó como una estrella fugaz por mi cabeza: ¿por qué no? Dije en alto, nunca es tarde para una primera vez.

Sin darle más vueltas, decidido y con gran ánimo, bajé a los establos a toda prisa. Allí desperté, no sin cierto pesar, a mis queridos amigos (a lo que nunca podría llamar animales). Me agaché y comprobé que el carruaje estaba en perfecto estado para poder deslizarnos sobre la nieve en el caso de que fuera necesario. Con cariño, les coloqué sus respectivos enganches, y, feliz por la aventura que asomaba ante mis ojos, abrí la gran puerta de la cochera de par en par. El aire frío invadió todo el recinto y una gran bocanada de vapor salió de mi boca. Rápidamente, me subí al carro y ondean-

do las riendas grité con entusiasmo: ¡Hia! ¡Hia!

La ausencia de vientos hacía agradable la travesía. Fría, eso sí, pero a esto ya estaba más que acostumbrado. Además, no estaría fuera mucho tiempo; había cogido el camino del sur y cualquiera de sus pueblos me valdría: ¡Total, pensé, si tan sólo se trata de satisfacer esta pequeña curiosidad...! Volví a mirar mi aspecto y les dije riendo a mis amigos que volaban sin descanso: *seguro que de esta guisa, nadie me reconocerá.*

Pronto, el primer pueblo salió a mi encuentro y reorienté el carro para poder adentrarme en él. Una vez ya sobre la nieve, me dirigí a la plaza del pueblo. Allí, muy de soslayo, le eché una miradita al periódico de un puesto y pude comprobar que aún estábamos a noviembre, perfecto, me dije.

Pasó el tiempo y yo deambulaba por el pueblo sin perder detalle. A última hora ya, no podía parar de mirar el reloj, tan insoportable se me estaba haciendo mi estancia allí. Cuando la torre de la iglesia voceó doce campanadas, cogí mi carro y me marché de allí en un santiamén, sintiendo grandes deseos de no volver nunca más.

Regresaba, pues, a mi hogar, pensativo, desconcertado, sin dar crédito aún a todo lo que habían visto mis ojos y escuchado mis oídos; trataba de darle un significado a toda aquella experiencia, pero estaba tan decepcionado con la humanidad...

De vuelta a mi dulce y cálida morada, no quise despertar a nadie y, sin más, me metí en la cama y quise dormirme para así poder olvidar.

Ingenuo de mí. Poco a poco, los felices sueños de siempre, repletos de grandes y emocionantes aventuras, fueron tornándose en pesadillas horribles, donde me asaltaban las imágenes vividas durante el día, de las que trataba de escapar despertándome una y otra vez.

Y, fue así, inmerso en estos delirios, como transcurrieron los meses de noviembre y diciembre, hasta que, finalmente, llegó el gran día.

Ilusionado, nervioso, con cierto miedo tal vez, me apresuré a despertar a todos mis compañeros y, al cabo de un rato, ya estábamos todos, como todos los años, reunidos en el gran comedor para desayunar, charlando animadamente. Luego, vendría el reparto, pero antes de esto, decidí que ellos debían escuchar la verdad de

lo que sucedía allí afuera, por muy inconcebible que esta verdad fuese para ellos.

Aunque estaba determinado a hablar, no sabía por dónde empezar. Todos me miraban en silencio, expectantes; yo titubeé un poco y, sin planearlo mucho, de forma inconsciente, la primera palabra que me vino a la boca fue MENTIRA.

—La Navidad es una mentira —proseguí.

Los duendes se quedaron atónitos. Yo traté de explicarme mejor y les conté que allí afuera no se hablaba de paz ni de amor, salvo en Navidad. Que no se pensaba en realizar buenas acciones y en cambiar para mejor, salvo en Navidad. Que solo se pensaba en la familia en Navidad y que el resto del año, todos se ocupaban de ganar dinero y poco más.

Superadas las dubitaciones de los primeros segundos, mi discurso cogió carrerilla:

—Los humanos —les dije— han creado un mundo bajo el lema "tanto tienes, tanto vales" y lo peor es que este lema es aceptado incluso por aquellos que no tienen nada. Todos están como dormidos, creen que su falta de felicidad es tan natural como la lluvia o la nieve que cae del cielo y, como tal, no hacen nada para remediarla. Se resignan. Ignoran que con tan solo la voluntad de esos pocos que viven de la avaricia se acabarían todas sus necesidades, se paralizarían las guerras y ni un solo niño más moriría por falta de alimento. Dicen que no hay trabajo por ninguna parte, y yo no comprendo cómo es posible que no haya trabajo si el mundo es precario, feo y la gente está tan necesitada de ayuda.

Los duendes seguían en silencio. Muchos de ellos habían apartado el plato de la comida, otros se pusieron tristes, y, algunos negaban con la cabeza, sin aceptar lo que yo estaba diciendo. Aún así, continué explicándoles lo que yo había visto:

—Unos pocos poderosos estrangulan a los demás con el invento del dinero y que, a estas alturas, nadie sabe ya de dónde sale ni a dónde va, pero la fe de todos en él es inamovible. Los que tienen mucho se aprovechan de esto e incluso culpan a los que no tienen de su desgracia. Los multan por ser pobres y les cobran si quieren mantener la salud, si quieren recibir educación e incluso por la energía que reciben... ¡Como si ellos fueran los dueños de lo que a todos pertenece! La Navidad es tan efímera como sus adornos. La han convertido

en una patraña.

Ni yo mismo podía soportar el sentimiento de decepción que veía reflejado en sus caras. Había llegado el momento de compartir con ellos una tenue, pero prometedora esperanza:

—Sin embargo, a pesar de lo difícil que a muchos les resulta sobrevivir, paradójicamente, es en los desposeídos donde he observado los últimos restos de humanidad; los que menos tienen son más capaces de dar sin esperar nada a cambio. Esto me ha animado. Una idea ronda por mi cabeza. No todo está perdido. Este año voy a llevarle también un regalo a los adultos. Cuento con vosotros, necesitaré de vuestra mágica sabiduría.

Los duendes esperaban ansiosos a que yo les desvelara de qué regalo se trataba.

—Una llave, —les dije.

—¿Una llave? —Me preguntaron extrañados.

—¡Sí! ¡Una llave! ¡Ho! ¡Ho! ¡Ho! Una llave que abra sus corazones y con la que podrán encontrar la honradez perdida consigo mismos y con los demás. Con esta llave del amor, sus corazones se abrirán a la verdad, ya no podrán mentirse a sí mismos, y, por ende, ya no tendrán la necesidad de engañar a los demás. La Navidad debe recuperar su antiguo significado, la mística del amor, solo así estos seres volverán a ser humanos y despertarán de esta pesadilla.

¡EL DIA DEL PRINCIPIO DEL MUNDO!

Me acerqué al maya. Trabajaba afanosamente en un calendario.

—¿Qué haces? —le dije.

—Escribo lo que me enseñaste, noól etail. Son todos los días hasta que nos encontremos de nuevo con el plano del centro de la galaxia, ese día que tú enumeras con este dibujo.

El maya dibujó 2012 en la tierra junto a la piedra que tallaba.

— Ahora vienes de allí, ¿no?

Le hice un gesto afirmativo con la cabeza, en silencio. No quise turbar la concentración que mantenía, dándole sutiles golpes a la piedra, mientras terminaba su obra. Sin embargo, él no dejó de hablarme.

—Me ha gustado eso que me contabas de la Navidad. Me recuerda al espíritu de Kúh Yéetel Yuum Tsilo'ob, nuestro universo Hunab Ku, el dador de vida. No sé cómo estos hombres del 2012, que aún guardan el espíritu en su ser, pueden recordar esto tan importante solo una vez cada Haab.

Se detuvo para alejarse un poco y observar el resultado de su maestría. Luego, siguió hablando:

—No es más fácil acercarse a Ah tabai, el que no aporta. Todos, y creo que esos hombres del futuro también, sabemos cuándo nuestro pensamiento alberga buena intención y cuándo la que alberga es mala.

Paró, observó la obra y decidió darle algunos

retoques a la vez que continuaba hablándome.

—Todos tenemos en nuestro interior la certeza de que sólo la buena intención obra a favor de la dicha y que la mala intención, en dirección a la desgracia. ¿Eso que llamas Navidad no es suficiente para recordárselo? Esos descendientes del hombre, en el 2012, me entristecen. ¿Tan engañados están como para amar sus propias cadenas, creadas por unos cuantos privilegiados? —se tomó un momento de reflexión, sin golpear la piedra. —Aún así, creo que su espíritu es fuerte, encuentran un resquicio para su alivio; ríen y se divierten. Eso que me contaste del día de los inocentes me pareció curioso.

—A ti te encantaría —afirmé, conocedor de su buen humor.

—Terminado. ¿Qué te parece?

Sí, era una gran obra. Me quedé un momento mirándola y encontré la respuesta que buscaba.

—Has escrito aquí abajo que este día se acaba el mundo —le dije esperando una aclaración.

—Cierto, mira, he añadido siete días en tu honor. Creo que sabrán interpretarlo —dijo emitiendo esa sonrisa avergonzada que prorrumpía en su rostro cuando su intelecto dejaba paso a alguna chiquillada.

Le iba a decir que no, que no supieron interpretarlo. Que no sumarían siete días al día veintiuno y que, gracias a ello, los seres del 2012, interpretarían la fecha como el punto de renovación para dejar de amar sus cade-

nas, para crear un mundo, en el cual, el poder abandonó su estructura piramidal y pasó a ser un horizonte autoorganizado bajo la responsabilidad de todos. Un planeta rebosante de abundancia en donde el dinero dejó de tener sentido y desapareció. Un mundo para la igualdad de oportunidades y para el disfrute de la libertad. Para unos habitantes hacedores de felicidad.

No, nada de esto le dije. No es mi menester inmiscuirme en vuestros asuntos y frustrar el feliz año de la renovación, el próspero 2012. Así que, si el texto en mi honor pasó inadvertido y nadie sumó siete unidades al día veintiuno de diciembre, no iba a ser yo quien lo desvelara.

—Bien callado, respondí a su sonrisa con otra inocente.

FIN o no.
(Pasa la página.)

FANTASÍAS MÍNIMAS

SINOPSIS

Como cada mañana acudes a tu cita con el vagón de metro. Como cada mañana, te acompañan los mismos de siempre. La señora de allá enfrente, el grupo de chicos de delante, los albañiles, el señor de la gorra... ¿Por qué no te haces acompañar por vampiros, asesinos, fantasmas, súper héroes e incluso, ya puestos, por Dios o el Diablo? Una fantasía mínima, un viaje inolvidable.

¡YA EN AMAZON!

(Si quieres ver la portada, pasa la página.)


universo borg
Fantasías
Mínimas
Miguel Alda & Anaïs Abbot

.